



Thomas Mann

La voluntad de ser feliz
y otros relatos

La presente antología reúne, en una nueva traducción, una serie de relatos escritos por Thomas Mann entre 1894 y 1909, hasta ahora prácticamente desconocidos en España y que evidencian la multiplicidad de facetas creativas del gran escritor alemán. A pesar de que la génesis de los cuentos es diversa —algunos son recreaciones autobiográficas, como *En casa del profeta* o *El accidente ferroviario*; otros son lo que él llamaba «preludios», es decir, una suerte de apunte literario, como *La voluntad de ser feliz*; otros más, al fin, fueron escritos por encargo— todos ellos hacen gala de una extraordinaria versatilidad y finísima ironía, y ofrecen un genial reflejo de muchos de los grandes temas que Mann desarrollaría en su narrativa de mayor alcance: la vida alemana de provincias, la crueldad social frente al marginado, el conflicto entre el arte y la vida... Así, *La muerte*, un relato bellísimo en su brevedad, contiene ya la idea de que la enfermedad y la decadencia surgen de la mente y se vuelven realidad sólo a través de ella, uno de los temas centrales de *La montaña mágica*. *El pequeño señor Friedemann*, que constituyó un punto de inflexión en su trayectoria artística, retrata a un ser marginado por su deformidad, al que la sociedad burguesa trata con crueldad e hipocresía. Otras piezas, como *El armario* o *Sangre de Welsungos*, contienen una importante carga erótica, ya sea de inocencia y belleza o teñida de un aura inquietante.

Índice de contenido

Cubierta

La voluntad de ser feliz y otros relatos

La caída

La voluntad de ser feliz

La muerte

El pequeño señor Friedemann

El payaso

Tobías Mindernickel

El armario

Luisita

El camino al cementerio

Gladius Dei

Los hambrientos

Un instante de felicidad

En casa del profeta

Hora difícil

Sangre de Welsungos

Anécdota

El accidente ferroviario

Notas

NOTA EDITORIAL

Todos los relatos cuya antología presentamos a continuación fueron escritos durante la juventud y primera madurez de su autor, entre 1894 y 1909. Algunos son meros «preludios» literarios, como él gustaba de llamarlos (*La caída*, *La voluntad de ser feliz*, *La muerte*), otros son recreaciones autobiográficas (*En casa del profeta*, *El accidente ferroviario*) y muchos fueron escritos por encargo y obligaron al autor, a menudo a regañadientes y por motivos económicos, a interrumpir el avance de alguna gran novela. No obstante, todos ellos nos presentan a un Thomas Mann de extraordinaria versatilidad, finísima ironía y gran capacidad de síntesis, alejado de la imagen convencional que se ha impuesto del escritor a partir de algunas de sus novelas. Ello no impide que muchos de los grandes temas que Thomas Mann desarrollaría en su narrativa de mayor alcance encuentren ya un genial reflejo en estos breves relatos: la vida alemana de provincias, la crueldad social frente al marginado, el conflicto entre arte y vida o las dificultades de la creación artística, entre otros, constituyendo así una excelente introducción al autor. Al elegir los relatos que componen la presente antología se ha tratado de ofrecer una representación significativa y lo más variada posible de estos grandes temas. También se ha preferido optar por los relatos menos conocidos del autor en detrimento de los más populares y asequibles.

LA CAÍDA

(1894)

Los cuatro volvíamos a estar juntos.

Esta vez el anfitrión era el pequeño Meysenberg. Las cenas en su taller siempre tenían un encanto especial.

Era una habitación extraña, decorada en un estilo único: el de las extravagancias de artista. Jarrones etruscos y japoneses, abanicos y dagas españoles, sombrillas chinas y mandolinas italianas, conchas africanas y pequeñas estatuas antiguas, abigarradas figurillas rococó y vírgenes cerosas, viejos grabados y trabajos surgidos del propio pincel de Meysenberg: todo ello diseminado por la habitación sobre mesas, estanterías, consolas y paredes; por si fuera poco, estas últimas, al igual que el suelo, estaban cubiertas por gruesas alfombras orientales y descoloridas sedas bordadas, dispuestas en combinaciones tan estridentes que parecían señalarse unas a otras con el dedo.

Nosotros cuatro —es decir, el pequeño e inquieto Meysenberg con sus rizos castaños, Laube, un economista jovencísimo, rubio e idealista que no cesaba de pontificar dondequiera que estuviese sobre la incuestionable legitimidad de la emancipación femenina, el doctor en medicina Sellen y yo—, nosotros cuatro, pues, nos habíamos acomodado en asientos de lo más variopinto en torno a la pesada mesa de caoba que ocupaba el centro del taller y llevábamos un buen rato haciendo los honores al excelente menú que el genial anfitrión había compuesto para nosotros...

Aunque hay que decir que tal vez prestábamos una atención aún mayor a los vinos. Una vez más, Meysenberg no había querido reparar en gastos.

El doctor estaba sentado en una gran silla de coro tallada a la antigua de la que, con su habitual agudeza, no cesaba de burlarse. Era el irónico del grupo. Cada uno de sus gestos despectivos estaba cargado de experiencia vital y de desdén por el mundo. Era el mayor de los cuatro y rondaría la treintena. También era el que más había «vivido» de todos.

—Un tanto libertino —decía Meysenberg—, pero divertido.

Es verdad que al doctor se le podía apreciar cierto «libertinaje» en la cara. Tenía un peculiar brillo borroso en los ojos y su negra y corta cabellera ya delataba un pequeño claro en la coronilla. El rostro, rematado por una perilla, mostraba unos rasgos burlescos que descendían de la nariz a las comisuras de la boca y que a veces incluso le procuraban cierto aire de amargura.

Como solía suceder, para cuando llegó el roquefort ya nos hallábamos sumidos en las «conversaciones profundas». Selten las llamaba así, con el desdeñoso sarcasmo de un hombre que, como él decía, hacía tiempo que había decidido convertir en su única filosofía el disfrute, sin preguntas ni escrúpulos, de esta vida terrenal que con tan poca consideración nos ha montado ese director de escena de ahí arriba, para terminar encogiéndose de hombros y preguntar:

—¿Y eso es todo?

Pero Laube, que a través de hábiles rodeos había conseguido meterse de nuevo en su elemento, ya estaba otra vez fuera de sí y gesticulaba desesperadamente en el aire desde su profunda butaca tapizada.

—¡De eso se trata! ¡De eso se trata! ¡La ignominiosa posición social de la hembra —(Laube nunca decía «mujer», sino «hembra», que le sonaba más científico)— hunde sus

raíces en los prejuicios, en los estúpidos prejuicios de la sociedad!

—¡Salud! —dijo Selten en tono suave y compasivo mientras vaciaba una copa de vino tinto.

Su reacción hizo que el buen muchacho perdiera lo que le quedaba de paciencia.

—¡Ah, tú! —dijo, poniéndose en pie de un salto—. ¡Viejo cínico! ¡Contigo no se puede hablar! Pero vosotros —añadió dirigiéndose desafiante a Meysenberg y a mí—, ¡vosotros tenéis que darme la razón! ¡¿Sí o no?!

Meysenberg estaba pelando una naranja.

—Pues sí y no —dijo con convicción.

—Bien, ¡continúa! —dije animando al orador, que una vez más necesitaba desahogarse y no iba a dejarnos en paz hasta conseguirlo.

—¡Hunde sus raíces en los estúpidos prejuicios y en la obtusa injusticia de la sociedad, eso es lo que digo! Todas esas nimiedades... Por el amor de Dios, ¡pero si son ridículas! Eso de que construyan institutos para chicas o que contraten a las hembras como telegrafistas o algo así, finalmente, ¿qué significa? A un nivel más alto, sin embargo, ¡menudos puntos de vista! Con relación a lo erótico, a la sexualidad, por ejemplo, ¡qué crueldad tan corta de miras!

—Ajá —dijo el doctor muy aliviado, poniendo a un lado la servilleta—. Parece que ahora, al menos, la cosa se pone interesante...

Laube no se dignó mirarlo.

—Fijaos —prosiguió con vehemencia, gesticulando con un gran bombón del postre que a continuación se metió en la boca con un ademán solemne—, fijaos, cuando dos se aman y el seductor es el hombre, no por eso dejará de ser un caballero. Incluso habrá actuado con arrojo, ¡maldito miserable! Pero la hembra será la perdida, la repudiada por la sociedad, la proscrita, la caída. ¡Sí, la ca-í-da! ¡¿Dónde reside el sostén moral de una mentalidad semejante?! ¿Es que el hombre no ha caído también? ¡¿Acaso no ha actuado

con deshonra aún mayor que la hembra?!... ¡Pues bien, hablad! ¡Decid algo!

Pensativo, Meysenberg siguió el humo de su cigarrillo con la mirada.

—En realidad tienes razón... —dijo con benevolencia.

El rostro de Laube resplandeció triunfante.

—¿La tengo? ¿La tengo? —repetía continuamente—. Y es que, ¿dónde está la justificación ética de un juicio semejante?

Miré al doctor Selten. Se había quedado muy callado. Había bajado silenciosamente esa mirada suya de expresión amarga mientras le daba vueltas a una bolita de pan entre los dedos.

—Levantémonos —dijo serenamente a continuación—. Quiero contaros una historia.

Habíamos apartado la mesa de la cena y nos habíamos acomodado al fondo, en un rincón alfombrado y provisto de pequeños sillones que lo hacían muy agradable para charlar. Una lámpara cenital dejaba la habitación sumida en una tenue luz azulada. Bajo el techo ya empezaba a flotar una ligera capa de humo.

—Bien, empieza —dijo Meysenberg mientras llenaba cuatro pequeñas copas de benedictino francés.

—Sí, con mucho gusto voy a contaros esta historia, ya que nos viene a cuento —dijo el doctor— y voy a hacerlo directamente en forma de relato. Ya sabéis que hubo un tiempo en que me entretenía con esta clase de cosas.

No podía verle bien la cara. Estaba sentado, con las piernas cruzadas, las manos en los bolsillos laterales de la chaqueta, reclinado en el sillón y mirando sosegadamente la lámpara azul del techo.

«El héroe de mi historia —empezó a decir al cabo de un rato—, había aprobado el bachillerato en su pequeña localidad natal del norte de Alemania. A los diecinueve o veinte años ingresó en la Universidad de P., una ciudad bastante grande del sur.

Era la manifestación perfecta del "buen tipo". Nadie podía guardarle rencor por mucho tiempo. Alegre, benévolo y conciliador, enseguida se convirtió en el favorito de todos sus compañeros. Era un joven apuesto y delgado de rasgos suaves, vivaces ojos castaños y labios delicados sobre los que empezaba a apuntar el primer bigote. Cuando deambulaba por las calles mirando con curiosidad a su alrededor, las manos en los bolsillos y el claro sombrero redondo echado hacia atrás sobre sus rizos negros, las muchachas le lanzaban miradas enamoradas.

Sin embargo, era inocente, tan puro en las cuestiones de la carne como en las del espíritu. Podía decir, con el general Tilly, que aún no había perdido una batalla ni tocado a una mujer. Lo primero porque aún no había tenido oportunidad y lo segundo por exactamente la misma razón.

Apenas llevaba catorce días en P. cuando, como es natural, se enamoró. No de una camarera, que es lo más habitual, sino de una joven actriz, una tal señorita Weltner, que cubría los papeles de enamorada ingenua en el teatro Goethe.

Si bien es cierto que, como observa tan acertadamente el poeta, quien ha tomado el elixir de la juventud ve a una Elena en cada hembra^[1], la muchacha era realmente guapa. Una figura de infantil delicadeza: el cabello rubio mate, los ojos gris-azulados crédulos y alegres, la nariz delicada, la boca de inocente dulzura y la barbilla suave y redondeada.

Primero se enamoró de su rostro, después de sus manos, después de sus brazos, que tuvo ocasión de ver desnudos durante la representación de una obra ambientada en la antigüedad... y un buen día llegó a amarla por completo. Incluso se enamoró de su alma, que en realidad aún no conocía.

Su amor le costó una fortuna. Al menos una noche de cada dos ocupaba un asiento de platea en el teatro Goethe. Tenía que pedirle dinero continuamente por carta a su mamá, para lo que pergeñaba las excusas más extravagantes.

tes. Pero al fin y al cabo, mentía sólo por ella, y eso lo disculpaba todo.

Cuando supo que la amaba, lo primero que hizo fue ponerse a escribir poesías: la célebre "lírica silenciosa" alemana.

De este modo muchas veces se quedó sepultado bajo los libros hasta altas horas de la madrugada, acompañado únicamente por el monótono tic-tac del pequeño despertador de la cómoda y por algunos pasos solitarios que resonaban de vez en cuando en el exterior. Muy arriba en el pecho, en el arranque del cuello, se le había asentado un dolor blando, tibio y líquido que muchas veces pugnaba por subir hasta sus fatigados ojos. Pero como le daba vergüenza llorar de verdad, se limitaba a descargar sus lágrimas sobre el paciente papel en forma de palabras.

Así, con mórbidos versos de tonalidad melancólica, se decía a sí mismo lo dulce y encantadora que era ella y lo enfermo y fatigado que estaba él, y hablaba de esa gran agitación que había en su pecho y que le incitaba a viajar a lo desconocido, lejos, muy lejos, allí donde bajo cientos de rosas y violetas dormita una dulce felicidad; y que no podía hacerlo porque estaba atrapado...

En efecto, resultaba ridículo. Cualquiera se habría reído.

Y es que todas esas palabras eran tan tontas, tan vanamente desvalidas... Sin embargo, él ¡la amaba! ¡La amaba!

Naturalmente, tras habérselo confesado a sí mismo se sintió avergonzado. Y es que su amor era tan miserable, estaba tan lleno de humillación, que se hubiera conformado con besar en silencio el diminuto pie de su encantadora dama, o su blanca mano, y después hubiera estado dispuesto a morir. En cuanto a su boca, ni siquiera se atrevía a pensar en ella.

En una ocasión en que despertó en plena noche, se la imaginó acostada a su lado, la amada cabeza apoyada en la blanca almohada, la dulce boca ligeramente entreabierta y las manos, esas manos indescriptibles de venas levemen-

te azuladas, plegadas sobre la manta. Entonces se dio súbitamente la vuelta, apretó la cara contra la almohada y lloró largo rato en la oscuridad.

Con eso había alcanzado el punto culminante. Había llegado a una situación en la que ya era incapaz de seguir escribiendo poemas y había perdido el apetito. Evitaba a sus conocidos, apenas salía y sus ojos mostraban unas ojeras profundas y oscuras. Además, tampoco trabajaba y no le apetecía leer nada. Sólo quería seguir vegetando, adormecido frente a su fotografía, que hacía tiempo que se había comprado, sumido en lágrimas y amor.

Una noche estaba sentado frente a una apetecible jarra de cerveza en el rincón de una taberna en compañía de su amigo Rölling, a quien ya conocía del colegio y que estudiaba medicina como él, si bien le llevaba algunos semestres de ventaja.

Rölling dejó la jarra sobre la mesa con un golpe resuelto.

—Muy bien, pequeño. Y ahora cuéntame lo que te pasa.

—¿A mí?

Pero el joven acabó cediendo y se desahogó hablándole de ella y de sí mismo.

Rölling sacudió disgustado la cabeza.

—Mal asunto, pequeño. No hay nada que hacer. No eres el primero. Completamente inaccesible. Hasta hace poco vivía con su madre, y aunque ya hace algún tiempo que ésta se ha muerto... no hay absolutamente nada que hacer. Se trata de una joven terriblemente decente.

—Pero ¿es que pensabas que yo...?

—Bueno, yo pensaba que esperarías...

—¡Ay, Rölling!...

—¿Ah, no? Bueno. Pues perdona, ahora lo entiendo. No imaginaba que el asunto fuera tan sentimental... En fin, entonces envíale un ramo de flores, acompáñalo de una carta

casta y respetuosa e implórale que te dé permiso por escrito para ir a visitarla y expresarle verbalmente tu admiración.

El muchacho se puso pálido y le temblaba todo el cuerpo.

—Pero... ¡eso no puede ser!

—¿Por qué no? Cualquier criado le llevará el recado por cuarenta centavos.

Se puso a temblar aún más.

—¡Dios mío...! ¡Si eso fuera posible!

—A ver, ¿dónde vive?

—Yo... Pues no sé.

—¿Pero ni siquiera sabes eso?! ¡Camarero! Tráigame la guía.

Rölling lo encontró enseguida.

—¿Lo ves? Durante todo este tiempo has tenido a tu dama viviendo en un mundo superior y ahora resulta que vive en la Heustrasse 6a, tercer piso. ¿Lo ves? Aquí lo pone: Irma Weltner, miembro del teatro Goethe... Por cierto, se trata de un barrio bastante malo. ¡Así es como se premia la virtud!

—¡Por favor, Rölling...!

—De acuerdo, está bien. Pues vas a hacer eso. Con un poco de suerte te dejará que le beses la mano... ¡bendito! Esta vez emplearás lo que te cueste la butaca en primera fila para comprarle el ramo.

—¡Dios, qué me importa a mí el dichoso dinero!

—¡Qué maravilloso es haber perdido el sentido! —declamó Rölling.

Ya a la mañana siguiente una carta conmovedoramente ingenua acompañada de un precioso ramo de flores salió en dirección a la Heustrasse. Si recibiera una respuesta suya... ¡cualquier respuesta! ¡Con qué dicha besaría las líneas!

A los ocho días ya había roto la portezuela del buzón del portal de tanto abrirla y cerrarla, causando el enojo de la casera.

Las ojeras se le habían vuelto aún más profundas. Ciertamente, el pobre ofrecía un aspecto miserable. Cada vez que se miraba en el espejo se llevaba un buen susto y después lloraba de autocompasión.

—¡Tú, pequeño! —dijo un día Rölling con determinación—, esto no puede seguir así. Te estás viniendo abajo por momentos. Hay que hacer algo. Mañana vas a ir a verla.

El joven abrió desmesuradamente sus ojos enfermizos.

—A verla... ¿Así, sin más...?

—Sí.

—Pero no puedo. No me ha dado permiso.

—Es que eso de la cartita fue una tontería. Ya nos podríamos haber imaginado que no te iba a invitar por escrito si ni siquiera te conoce. Simplemente tienes que ir a verla. Si ya basta con que te dé los buenos días para que te sientas embriagado de felicidad... Además, tú tampoco eres un monstruo, precisamente... Ya verás cómo no te echa de casa. Irás mañana mismo.

El joven se sintió mareado.

—No voy a poder —dijo en voz baja.

—¡En ese caso, no hay nada que hacer! —replicó Rölling, que empezaba a sentirse molesto—. ¡Vas a tener que ver cómo lo superas tú solito!

Entonces, al igual que el mes de mayo pugnaba por librar un último combate con el invierno en el seno de la naturaleza, se sucedieron días de dura lucha en su interior.

Pero una mañana, cuando el muchacho se levantó y abrió la ventana al despertar de un sueño profundo en que la había visto, resultó que había llegado la primavera.

El cielo resplandeciente le sonreía benigno en un azul intenso y un singular olor a especias dulces flotaba en el aire.

El joven sintió, olió, saboreó, vio y escuchó la primavera. Todos sus sentidos estaban henchidos de ella. Y era como si aquella franja de sol que reposaba sobre la casa de en-

frente fluyera hasta su corazón en palpitantes oscilaciones, aclarándolo y fortaleciéndolo.

Entonces besó en silencio el retrato de su dama, se puso una camisa limpia y su mejor traje, se afeitó el vello incipiente de la barbilla y se encaminó a la Heustrasse.

Se sentía dominado por un extraño sosiego que casi le daba miedo. Aun así, no lo abandonaba. Era un sosiego de ensueño, como si no fuera él aquel muchacho que en ese momento estaba subiendo las escaleras para encontrarse de pronto frente a la puerta en que se podía leer el letrero: Irma Weltner.

Entonces, como una exhalación, le sobrevino la sensación de estar loco. Se preguntó qué diantre estaba buscando allí y se dijo que tenía que dar media vuelta enseguida antes de que lo viera alguien.

Pero tan sólo fue como si a través de este último estertor de timidez se hubiera visto definitivamente liberado de su anterior estado de desvarío y diera paso en su ánimo a una confianza intensa, segura y alegre, y si hasta ese momento había estado sometido a una especie de presión, a una necesidad que pesaba sobre él como en un estado de hipnosis, ahora actuaba movido por una voluntad libre, decidida y eufórica.

Al fin y al cabo, ¡era primavera!

La campanilla resonó metálicamente por todo el piso. Una joven acudió a abrir.

—¿La señorita se encuentra en casa? —preguntó jovial.

—En casa... Sí... Pero ¿a quién tengo el...?

—Aquí tiene.

El joven le entregó su tarjeta de visita y, mientras la muchacha se disponía a llevársela, la siguió sin más con una risa temeraria en el corazón, de modo que cuando ella le entregó la tarjeta a su joven señora, él ya estaba en la habitación, muy derecho, con el sombrero en la mano.

Era una habitación de dimensiones moderadas y con muebles sencillos y oscuros.